

CAPITULO XXXI.

CONJETURAS.

Está visto. Los franceses no piensan por ahora en grandes operaciones, en sorprendentes maniobras. Todo su empeño se reduce á forjar la primera línea estratégica, que se les opone, la línea del Saar. Entrarán lentamente en ese Palatinado que Turenna y Napoleon recorrieron blandiendo el rayo de la guerra. Los franceses han aglomerado todas sus fuerzas en Metz, y apenas han dejado algunos batallones de guardia móvil en Estrasburgo. Se comprende fácilmente esta situación. Ante Metz los alemanes del Norte; ante Estrasburgo los alemanes del Mediodía. La frontera prusiana del Saar es todo el objetivo de la primera campaña. Una de sus mayores ventajas consiste en tener cerca, muy cerca la base de operaciones, las dos grandes ciudades fuertes de Alsacia y de Lorena. La reconcentración de las tropas prusianas en Tréveris, y la escasa resistencia opuesta en Sarrebruk anuncian que los prusianos dejan libre el paso á los franceses para alejarlos de su base de operaciones y combatirlos en coyunturas para ellos más peligrosa, y en situación más com-

prometida entre el Mosela y el Rhin, á no dardarlo, encontrarían los invasores más obstáculos, más dificultades. Las colinas, las quebraduras, los bosques, los viñedos, lo espeso de la población que avecina el Rhin, les impedirían desplegar sus fuerzas en una gran batalla. Y la ventajosa posición de sus enemigos, el apoyo firmísimo de sus formidables plazas de guerra, Coblentza, Maguncia, procurarían una grande superioridad á los prusianos sobre los franceses. Podrían también amenazar el Palatinado y acometer la entrada en Alemania por Baden. Mas se exponen á dejar el grande ejército sin su natural retaguardia de Estrasburgo, y esta retaguardia, convertida en avanzada á su vez, necesitaria, emprender una correría peligrosa, en la cual, una derrota llevaria los prusianos hasta Moulhouse, ciudad francesa de extraordinaria importancia comercial y estratégica. Los peritos en materia militar suponen que la operación más arriesgada, más peligrosa, pero también la más brillante, la más ocasionada á grandes resultados, es la operación sobre el Báltico.

La presencia de una formidable escuadra, el poder infernal de su artillería, el desembarco rápido de tropas, y una victoria podrían abrir las puertas de Berlín á los franceses. La entrada de unos ú otros en sus respectivas capitales podría ser la señal de una victoria decisiva.

Conviene, sin embargo, examinar un poco el teatro de la guerra. La neutralidad de Suiza y la neutralidad de Bélgica, limitan mucho el espacio de las batallas. Según unos Alemania comenzará su defensa en la orilla de aquende el Rhin, es decir, en la orilla izquierda. El Rhin, el Mosela y el Sar, forman un triángulo. Apoyarán los prusianos su izquierda en el Rhin, á la altura de Landau; su derecha en el Mosela, á la altura de Trevis; y su centro en Sarrélouis, plaza recientemente fortificada. En el caso de que en esta primera línea, pierdan una batalla, serán sus plazas de refugio Maguncia y Coblenza, que protegerán su paso del Rhin, desde cuya orilla derecha presentarán una segunda gran batalla. De todos modos, uno de los movimientos que están más señalados por las necesidades de la guerra es el movimiento del cuerpo que manda Mac-Mahon para atacar el gran ducado de Baden, y desde allí, ganada una batalla sobre los alemanes del Mediodía, buscar por Wizburgo paso hacia Berlín. El punto flaco que tiene Prusia es su defensa marítima. La marina mercante de la Confederación del Norte es riquísima y numerosa, la marina de guerra pobre y débil. Entre los mayores males que la hegemonía de Austria sobre Alemania tuvo siempre, debe contarse el haber impedido la formación de una gran Marina en el Norte. Recelaba que tal elemento de fuerza desequilibrara el inestable orden de Alemania, y trajera el predominio de Prusia. Así es que, pasada la revolución del 48, y recobrado el Imperio austriaco de sus derrotas, impuso á Alemania la renta de la pobre escuadra reunida en los tiempos de la revolución. Los franceses in-

tentarán tal vez un desembarco en el Báltico.

El príncipe de Joinville, que es un gran marino, encuentra dificultades insuperables al desembarco de las tropas en el Báltico.

Todo inclina á creer que las orillas del Rhin serán, como en tiempo de los Césares antiguos, el espacio donde jueguen los destinos y los intereses de sus pueblos los Césares modernos. Las dificultades para conocer las operaciones son casi insuperables. Prusia ha prohibido los telégramas particulares á todo el Continente. Francia ha dado una ley castigando con rigor á los periódicos que hablen de operaciones militares. Como si tal rigor no fuera bastante, el ministro de Justicia lo ha agravado recordando á los fiscales el cumplimiento fatal é implacable de la ley. Estamos reducidos á los Boletines del grande ejército. Y como los Boletines del grande ejército en el segundo Imperio se han de parecer tanto á los Boletines del grande ejército en el primer Imperio, puesto que un régimen es remedio del otro régimen, sólo tendremos noticias falsas, informes equivocados y engañosos, los cuales habrán de ser pasados por el filtro de una severa crítica. En otro tiempo admitían los generales en sus ejércitos, ya los redactores de los periódicos, ya los oficiales de otras naciones encargados de estudiar la táctica, la estrategia, los adelantos militares; hoy todo esto se halla prohibido. Un misterio impenetrable envolverá los movimientos de ese ejército exterminador, que quiere herir como hiere la muerte, de improviso.

Nadie sabe todavía si Napoleón ha salido de París. Nadie ha visto al general Mac-Mahon, que parece perdido. Nadie sabe dónde irá el célebre Palikao. Nadie puede penetrar los planes, los proyectos, los procedimientos con que habrá de realizarse este duelo á muerte. Las tropas prusianas no son á la verdad tan misteriosas. El rey se halla en Coblenza, el príncipe Carlos en Maguncia, el príncipe he-

redero á la cabeza del ejército meridional que se reconcentra sobre Radstad; el general Vogel manda las tropas enviadas á las fronteras del Báltico.

Los Boletines por París consagrados á sus batallas han publicado ya otra victoria que inscribir en el ostentoso Arco de la Estrella. Es el parte de una pequeña escaramuza empeñada entre bávaros y franceses allá en Niederronn, es decir, el resultado de un ligerísimo reconocimiento. Créese que si los franceses logran internarse mucho en el corazón de Alemania, los prusianos, por una rápida diversion de sus fuerzas, llegarían hasta París. Mas esta operación tiene dificultades sin cuento: 1.º, el necesario abandono de Alemania á Napoleón; 2.º, las plazas fuertes de Metz y de Strasburgo; 3.º, las fortificaciones de París que exigirían largo tiempo para una rendición. Nada se hará ni por una ni por otra parte hasta haber medido respectivamente sus mútuas fuerzas en una gran batalla. Formidable debe ser. La mayor dada, por el número de gentes, en nuestro siglo fué la batalla de Sadowah, que contó cuatrocientos cincuenta mil soldados. La de Lepzik había sido hasta entonces la más formidable y contó cuatrocientos veinte mil combatientes.

Apercibidos á ver la mayor carnicería que recuerda la historia; fusiles de alcance inverosímil, lluvias de balas por cada boca de fusil en minutos, ametralladoras que vomitan el caos de sus huecos vientres, cañones donde entra de pié un hombre, artillería al vapor, divisiones enteras segadas por estos proyectiles de la ruina y de la muerte universal. Hay quien dice que en tales condiciones de combate la bayoneta será la única arma, y quien dice que la bayoneta, esa arma francesa, no será posible en estas batallas de esterminio. ¿Qué puede hacer un regimiento cuando sólo queden de pié tres ó cuatro soldados?

Mientras tanto las cuestiones diplomáticas se complican. La Cámara de los comunes ha

dado la señal de alarma. El gran periódico de la City ha publicado una especie de tratado propuesto por Francia á Prusia, para dividirse el centro de Europa, quedándose Prusia con toda la Alemania del Sur, excepto el Austria, y Francia con el reino de Bélgica y el Gran Ducado del Luxemburgo. Es indescriptible la ira que en la Gran Bretaña ha despertado este proyecto de Napoleón que Prusia se gloria de haber rechazado. Inglaterra cree que su interés y su honor le aconsejan sostener ese pequeño reino con el cual guarda la desembocadura del Escalda. El imperio francés tiene que renunciar decididamente á todo proyecto contra Bélgica si no quiere sostener á un tiempo guerra con el pueblo alemán y guerra con el pueblo inglés, los dos pueblos que destruyeron el primer imperio en Waterlloo.

Hoy las tropas que guarnecían á Roma se han embarcado. El Santo Padre, en los días mismos en que se había elevado á la categoría de Dios, se halla á merced de sus enemigos, en víspera de recorrer la tierra, errante, perseguido, sin hallar un asilo á su soberbia. Es seguro que el gobierno italiano habrá prometido á Francia respetar el Papa. Mas no es seguro que el gobierno italiano pueda cumplir sus promesas. Ya está Garibaldi en el Continente. ¡Sublime héroe! Con su sencillez sólo propia de los primeros redentores, con su palabra sibilina sólo propia de los primeros profetas, lleva en su seno el alma de Italia, que se encarna siempre en legiones de misteriosos artistas. Esa alma le iluminó en las orillas del Plata en los bosques vírgenes del Nuevo Mundo, y en las riberas del Adriático, cuando recogía el último suspiro de Venecia espirante sobre sus lagunas de lágrimas. Esa alma de Italia que desplegó en los Alpes y en los Abruzos, que le inspiró la leyenda de Marsala y el desembarco fabuloso en las playas del Tirreno, que le ha hecho mártir de Aspromonte y de Mentana, esa alma de Italia le poseerá cuando suba á la cima del Capitolio y desde allí

anuncie al mundo redimido la muerte del poder teocrático, que ha esclavizado por tantos siglos la conciencia humana. Cuando el viento de los sepuleros se levante llevado en sus giros estas palabras de resurrección á la tierra, Garibaldi descenderá á la vía Apia, y realizado el ideal de su vida, po-

drá dormir en paz bajo las piedras que guardan las cenizas de Góroliano y de Camilo, para mostrar al mundo con un sepulcro glorioso más en la Roma de los recuerdos que la libertad es la eterna casta esposa del heroísmo.

Fines de Julio de 1870.

CAPITULO XXXII.

LA SITUACION DE EUROPA.

Veamos la situación de Alemania. ¿Había previsto Bismark la guerra que la candidatura prusiana iba á suscitar? Cuéntase que esta eventualidad no se ocultó á los negociadores; pero el astuto ministro pidió que la dejaran completamente á su cuidado. Si había previsto la guerra no la había previsto para tan pronto. Cuando estalló, encontrábase él en Varzein, austero castillo de la Pomerania; su rey en Ems pasando la estación de baños como un buen padre de familia; la escuadra en los mares de la Gran Bretaña; situación que habrá dificultado mucho el regreso á los puertos del Báltico, exponiéndola á ser aniquilada por las poderosísimas escuadras francesas. Pero como Prusia es un pueblo militar, en pocos dias ha puesto sobre las armas su formidable ejército. En cuanto los síntomas de guerra se agravaron, partióse el rey á Berlin. Aguardábanle en la estación su hijo, su ministro, y varios generales del Estado Mayor. Al poner el pié en tierra le entregaron la declaración oficial del sangriento conflicto. Su sereno rostro se turbó, se oscurecieron sus ojos, y sus manos buscaron las manos de su hijo. Este llevó respetuosamente

B.

á los labios la mano paternal. Abrazóle el monarca, y por algunos momentos una emoción de tristeza profundísima reinó en el lugar donde estaban congregados los principales actores de esta gran tragedia, que puede ser para la humanidad una catástrofe. La voz de que la guerra estaba declarada corrió con la celeridad y el estruendo del rayo. El pueblo de Berlin manifestó un grande entusiasmo, ménos ostentoso, pero más reflexivo que el entusiasmo francés.

El Sur de Alemania era una incógnita para todos aquellos que estudian lijeramente las cuestiones europeas. Créase que, resentido con Prusia, amenazado en su autonomía, estaba pronto á declararse neutral, y quizá favorable al extranjero. No conoce Alemania quien así discurre. Todo alemán ama profundamente su pequeña patria, su estado diminuto, su municipio, su hogar. Si no tuviera tal pasión á todo aquello que está más cerca del individuo, no sería el germano un pueblo individualista. Pero ama también su gran patria, la tierra inmensa que ha sido la cuna de sus diversas razas, el espacio donde han brillado esos nombres ilustres como Lutero,

88